

Reseñas

GONZÁLEZ FERRÍN, EMILIO, *La palabra descendida. Un acercamiento al Corán*, Premio Internacional de Ensayo Jovellanos, 2002, Oviedo, 2002.

Tres son los aciertos, o quizá más, que reúne este Ensayo sobre el Corán que ha llevado a cabo Emilio González Ferrín. El primero de ellos es el de la oportunidad; en un tiempo en que sobre el islam como experiencia religiosa se oyen y leen tantos disparates, hora es que alguien señale lo que es evidente: el islam es una religión (aunque el término *religare* del que procede no le sea de directa aplicación, pero es una tontería más engancharse en esas disquisiciones semánticas y etimológicas, cuando todos sabemos de qué hablamos), es una religión revelada (también aquí discutirlo es una tontería que sólo puede nacer de visiones partidarias y no científicas), es una de las religiones vivas más importantes de la Humanidad (esto no hace falta explicarlo por la sola evidencia de la civilización a la que da aliento y, a los amantes de las estadísticas, por el número de sus creyentes) y procede, como toda religión, de una experiencia espiritual (aquí entraríamos aún más de lleno en un terreno partidario si discutiéramos a cerca de la experiencia del Profeta Mahoma).

El segundo de los aciertos es el de presentar al islam y al hecho fundamental de la revelación coránica en la secuencia y consecuencia de su pasado preislámico. Es decir, en su pertenencia a la arabidad y a ésta en su pertenencia al mundo semita. Pensar que esa experiencia innovadora, renovadora y provocadora que es el islam surge de forma «milagrosa» de las arenas del desierto es algo que encaja con el talante de muchos creyentes, más dados a esperar cosas extraordinarias que a considerar que Dios, en su infinita sabiduría, ha dotado al hombre de la capacidad suficiente para entender su entorno, para adquirir «revelación» a partir de él y que ese es el gran milagro que Dios ha hecho con el hombre, que podría haber hecho con las hormigas o los geranios, pero que, por su voluntad inexcrutable, ha hecho con los seres humanos. Los hombres son los únicos capaces de extraer de su vivencia y de su propia historia, de su pertenencia a mundos establecidos, nuevas visiones de la realidad presente y de la trascendente y eso es el islam: incardinado en las más hondas raíces del mundo semita, ya encontrable en los viejos textos mesopotámicos, renovado y expreso por el judaísmo y el cristianismo, es un nuevo modo de mirar con los mismos ojos y ver una realidad diferente, pero que es idéntica y distinta al tiempo. Más milagros juntos son imposibles.

El tercero de los aciertos es dar con una de las claves más importantes de ese texto, en la que yo he insistido no pocas veces, al igual que en la cuestión de la pertenencia a las raíces semíticas, como es el profundo, permanente, pretendido e inexcusable carácter oral del Corán. No sólo se registra en él una conversación que Dios tiene con el hombre, sino que se recoge lo que Dios dice al hombre que ha de decir y, además, todo ello, aun cuando se ponga por escrito, se fije en una grafía cuidada y ornamentada, por respeto, ha de permanecer siempre vivo en la oralidad, por eso se llama *qur'an* (recitación) porque no es texto para decir en silencio, para rezar en privado, que también, sino para la proclamación y la cantilación.

Estos tres aciertos no hubieran sido posibles, tal vez, sin la razón que los impulsa y de la que Emilio González Ferrín hace expresión explícita, tanto a lo largo del texto como en la dedicatoria. Ha tenido que explicar a sus alumnos el

Reseñas

hecho coránico y el islam y, probablemente, es un buen maestro que según explica se deja preguntar y se pregunta cómo hacerse comprender y según intenta hacerse comprender, comprende la materia que tiene entre manos. Es también, posiblemente, un buen maestro porque se nota la empatía y el respeto con que se acerca al objeto de estudio y transmisión de conocimiento.

Así que el Premio de Ensayo Jovellanos está más que justificado, aunque sólo sea por estos tres aciertos y por el motor que los impulsa, que puede extenderse a aquellos que, no siendo estudiantes, quieran acceder a cualquier clase de conocimiento con la garantía de que quien lo transmite sabe de qué habla, lo hace con reflexión y no repitiendo conocimientos tradicionales sin más y yendo al núcleo de las cuestiones, sin perderse en erudiciones superfluas que enmascaran un conocimiento superficial.

Toda gran obra, sin embargo, está sujeta a alguna crítica y yo tengo dos que hacerle. Una es puramente formal y la otra en parte imputable al autor y en parte al jurado del Premio Jovellanos. Formalmente, hay una cierta acumulación de erratas que entorpece la lectura así como algunas palabras sueltas con transcripción de vocales largas, asistemática claro, que puede producir confusión al lector general al que básicamente va dirigido este ensayo y que se supone, por tanto, no-arabista. La segunda pega es tocante al estilo. Se supone que un premio de ensayo, no sólo atiende al contenido, sino al modo literario y ahí falla el autor en una serie de «novedades» expresivas que violentan a la gramática del español sin ser logros (una sintaxis dura e innecesariamente compleja, acompañada de usos peculiares de frases hechas, como el caso de «amenazar muerte» como si de «amenazar ruina» se tratara, cuando ahí no hay sujeto interno, sino voluntad de asesinar por parte de un sujeto real). Si el autor, dada su juventud, queda excusado de no percibir los diversos registros que mezcla o los usos impropios, los miembros del jurado se supone que podrían haber sugerido la depuración del texto antes de su definitiva impresión. Yo creo que la altura del contenido justifica sobradamente el premio, pero habría ganado con la consecuente corrección de estilo.

De todos modos, por las razones arriba expuestas y a pesar de las mínimas críticas, afirmamos que ésta es una gran obra y creemos que era el momento adecuado para darle un premio de ensayo a un texto que reflexiona sobre el Corán.

Montserrat Abumalham

JANÉS, CLARA y TAHERI, AHMAD (eds.), *Hafez Shirazi 101 Poemas*, Ediciones del oriente y el mediterráneo, Madrid, 2002, 285 pp.

Existen dos modos esenciales de aproximarse a la realidad; uno es el de los ácratas y el otro el de los místicos. Ambos modos comparten elementos comunes; ser diferentes de los acercamientos del resto de los humanos y tratar con cierto desprecio a las instituciones. Quizá la zona común que transitan, muy claramente en el caso de los místicos, es la de la ironía.

Es el caso de Hafez, el poeta de Shiraz, quien, instalado en la ironía por una razón superior, contempla el mundo desde esa diferencia de la mirada mística,